de Catilina, opusiéronse solos á lo que Ciceron dió cuenta al pueblo de las medidas que habia tomado y de la sangre que habia derramado.

«Y bien, dice Ciceron apareciendo en la tribuna, donde César, pretor, le rehusa la palabra, no haré una arenga, pero sí un juramento.

Juro, esclama Ciceron atestiguando con su conciencia, su patria y los dioses, juro que he salvado la república!»

César y sus cómplices protestaron en vano con su silencio contra la muerte de sus amigos; el pueblo entero aplaude el testimonio del salvador de Roma, y le acompaña respetuosamente hasta el umbral de su casa. Algunos dias despues se le decretó el título de *Padre de la patria*. Los emperadores se arrogaron mas tarde este título. Roma libre le dió ella misma, y por la primera vez, á Ciceron. Las ciudades de Italia le levantaron estátuas como á un Dios. Le llamaban el segundo fundador de Roma.

XXII.

Esta fué la cima de su gloria y de su fortuna: la envidia allí le esperaba. La república estaba en tal estado, que no tenia lugar para un ciudadano tan honrado y tan glorioso. Toleraba los grandes talentos y las grandes celebridades, pero con la condicion de que fueran aliadas á los grandes vicios. Todos los partidos tenian interés en separar á Ciceron, porque todos tenian alguna complacencia infame ó criminal que pedirle. Cuando las naciones están decididas á perderse ó á marcharse, separan á los grandes testigos que les harian sonrojar de su bajeza. Tal era Roma en estos años que precedieron á la usurpacion de César y al anonadamiento de la república.

Despues que Pompeyo, tantas veces cónsul y triunfador, volvió á Roma, y César se engrandeció en ambicion, en intriga, en popularidad y en gloria, Roma estaba dividida en tres partidos que marchaban con paso casi igual á la ruina de la libertad.

El primero y mas poderoso era el de Pompeyo, ídolo del Senado, querido de los

soldados, moderador y sostén todo á la vez de la nobleza, no aspirando á destruir, sino á dominar las instituciones, ambicionando únicamente cuanto es honrado y patriótico, dichoso de conservar la república, con tal que fuese él el patrono y el grande ciudadano, y procurando tener entre todos los escesos una balanza donde su nombre y su espada hicieran siempre inclinar el poder. Se vé por los nombres de los hombres que siguieron mas tarde su suerte, que lo que quedaba en Roma de virtud y libertad, estaba entonces, con Caton y Ciceron, en este partido.

El segundo era el de los demagogos, quienes por ambicion adulaban los mas sórdidos y los mas sanguinarios instintos de la multitud, quienes no cesaban de animarla contra el Senado y contra los patricios, quienes declaraban la guerra á todas las leyes, que no querian otras leyes que las sediciones y las muertes inspiradas por los tribunos, y quienes, por el espanto de la anarquía y de sus crímenes, rechazaban á los mejores ciudadanos de las dictaduras. El jefe mas formidable de este partido popular, era Clodio.

En fin, estaba además el partido de César, partido de un hombre que habia sido dotado por la naturaleza y por la fortuna de todos los dones del nacimiento, del rango, de la riqueza, de la educacion, de la elocuencia, del valor y del génio, y estas cualidades las prostituia todas, jóven en sus vicios, maduro en su gloria y en su ambicion. César, nacido de la sangre la mas ilustre de Roma, habia tomado en buen hora el partido de los demagogos, como hemos visto en ocasion de Catilina, á fin de tener dos instrumentos para su elevacion: cerca del Senado, su aristocracia; cerca de la multitud, su popularidad. Tenia necesidad, además, para cubrir su mala fama de jóven, de ese favor apasionado de la plebe, que no exige la estimacion, con tal que se acaricien sus caprichos y sus anarquías.

En fin, él se distinguió ya en la guerra, y particularmente en la guerra contra los piratas de Cilicia. Aspiraba á igualar las hazañas de Pompeyo por la conquista de las Galias, á fin de fundar su vida sobre alguna grande gloria conquistada al pueblo roma-

no, de atraerse un ejército personal, y volver en seguida á imitar á Mario, Sila y Pompeyo en Roma; porque la libertad no era ya mas que la perspectiva de la nada, y la supremacía sobre la república era el sueño y la ambicion de todos.

Para alcanzar el gobierno de las Galias, objeto entonces de sus designios, César, que sabia adular á la aristocracia tanto como complacer á la multitud, acariciaba en este momento á Pompeyo y á Clodio. Pedia al uno los sufragios del Senado y las legiones; al otro la voz del pueblo. Para complacer á Clodio, necesitaba entregarle á Ciceron, al *Padre de la patria*, que habia salvado la república de los demagogos, que Clodio, su jefe, queria vengar. El instante estaba escogido para esta venganza. Pompeyo y Craso, hombres poderosos en el Senado, tenian interés en alejar á César, cuyas intrigas y popularidad les molestaban en Roma. Le concedian las Galias para separarle de la vista y del oido del pueblo, quien comenzaba á mirarle mucho y á escucharle demasiado. Aunque Ciceron fué de los amigos de Pompeyo, Pompeyo, amigo

frio y negligente, un poco fatigado tambien de la demasiada celebridad de *salvador de Roma*, sacrificaba, momentáneamente al menos, Ciceron á César, quien le temia, á Craso, que le aborrecia, y á Clodio, que habia jurado su ruina. El grande interés que Pompeyo tenia en complacer á César, prevalecia sobre la amistad.

El ódio de Clodio contra Ciceron habia sido envenenado recientemente aun por uno de esos azares de la vida privada que llegan á ser causas de catástrofes públicas.

Clodio, de una raza tan ilustre como la de César, y tan apasionado como él en sus amores, estaba poseido de una pasion desenfrenada por la jóven mujer de César, llamada Pompeya. Sea que esta jóven mujer, cómplice de esta pasion, hubiera dado una cita á su amante en su casa, sea que Clodio hubiese penetrado, sin el aviso de Pompeya, en el recinto de César, fué sorprendido por un esclavo, por la noche, disfrazado de mujer, en el vestíbulo de César. Era un dia de sacrificios y de misterios que las mujeres cumplian solas, y durante el cual no era permitido dejar á ningun hom-

bre bajo el mismo techo. César, sin quejarse de su mujer y sin romper con Clodio, que él contemplaba á causa del pueblo, repudió á Pompeya. Clodio fué enjuiciado como profanador de los santos misterios. Ciceron habló contra Clodio, impulsado por Terencia, su mujer, ambiciosa y celosa. Terencia aborrecia á Clodio, porque Ciceron admiraba á la jóven Clodia, hermana de Clodio. Terencia temia que pensase en repudiarla para casarse con esta rival. Así, los celos de mujer iban en Roma, como otra vez en Atenas, á decidir los mas grandes acontecimientos de la república.

XXVIII.

Clodio, absuelto á pesar de Ciceron por el favor imperioso de la multitud y por el silencio político de César, abjura de su nobleza y se hace adoptar por un plebeyo, á fin de poder ser nombrado tribuno del pueblo, magistratura que personificaba en Roma los intereses y las pasiones populares, y que contrabalanceaba frecuentemente á los cónsules y al Senado. Así como

Mirabeau, en nuestros dias, abjura de su casta para hacerse elegir en Marsella por el pueblo contra la aristocracia.

El Senado, los cónsules, Craso, César, el mismo Pompeyo, habiendo abandonado á estos por impotencia, á aquellos por negligencia, á los otros por complacencia, todo el poder de Roma en Clodio, agitador y adulador del pueblo, de quien era al mismo tiempo tribuno, este llena la ciudad de su cólera y de su venganza contra Ciceron. Hizo votar un plebiscito que condenaba al destierro á cualquiera que hubiera hecho morir á un ciudadano romano no condenado por el pueblo. Era la proscripcion anónima de Ciceron; lo comprendió; en vano trató de escitar en su favor la indignacion y la energía de los buenos ciudadanos; no escitó mas que su piedad y su valor. Roma estaba en uno de esos momentos en que cada uno, pensando en su propia seguridad, no tiene ni el tiempo, ni la libertad de interesarse en la desgracia de otro. La ambicion militar de Pompeyo, de César y de Craso, ligada con la anarquía popular, entregaba á Roma á la agitacion, á la turbulencia y á los crí-

menes de Clodio. Quizá estos tres jefes del ejército, á un tiempo investidos de la dictadura, ó aspirando á ser revestidos con ella, se regocijaban en secreto de una licencia y de una demagogia de la multitud, que atestiguando en Roma la insuficiencia de las leyes y la decadencia del espíritu cívico, hacia sentir mas fuertemente á los ciudadanos la necesidad de un poder arbitrario, y serviria con anticipacion de escusa á la tiranía.

Como sea, ellos cerraban voluntariamente los ojos á los atentados de Clodio contra Ciceron. Craso y César favorecian abiertamente al tribuno. Pompeyo mismo, que acababa de casarse en una edad ya avanzada con la bella hija de César, y que estaba enamorado hasta la adoracion de su jóven esposa, no podia decentemente, decia, declararse por aquel á quien César condenaba. Pompeyo se habia retirado en una de sus casas de campo para gozar allí en paz de su tiempo y de su amor; cerró allí su alma á los alborotos de Roma. Ciceron, habiendo ido á verle para reclamar el apoyo que debia á su antigua amistad, Pompeyo,

embarazado con la presencia de un amigo desgraciado, cuya desdicha era solo para él un reproche de ingratitud, se evade por la puerta de sus jardines, mientras que Ciceron entraba por la del vestibulo, y ordena á sus libertos le busquen por todas partes donde creyesen no poderle descubrir.

Ciceron, mas consternado por la debilidad de Pompeyo que por su propia ruina, regresa á Roma, y tomando vestidos de luto, va de puerta en puerta, seguido de un cortejo de parientes, de clientes y de amigos igualmente vestidos de luto, provocando por todas estas señales de abatimiento la compasion de la ciudad que él habia salvado, y solicitando á la manera antigua la voz de los ciudadanos por su causa. El pueblo le miraba pasar con emocion, más elocuente con su silencio que lo habia sido en la tribuna. Clodio, temiendo el efecto de la piedad del pueblo, mueve contra el suplicante aquella plebe sin piedad y sin pudor, que mira la degradacion del talento y de la virtud como una victoria de la bajeza y de la envidia, y se goza en humillar á todo el que cae. Seguido de esta turba armada é

insolente, Clodio se encontraba en todas partes por donde pasaba Ciceron, atacaba á su cortejo, hacia rasgar los vestidos de sus clientes, llenaba las calles de tumultos, de disputas, de homicidios, y, animando á sus viles lictores á martirizar al grande ciudadano, le hacia acometer de injurias, de sarcasmos, de lodo y de piedras, y le obligaba á entrar manchado y ensangrentado en su casa. Los cónsules, imposibilitados, le aconsejaban, en vez de defenderle, que cediera al tiempo y dejase pasar la tempestad, alejándose de una patria donde su enemigo reinaba solo. El Senado, cuya causa era la de Ciceron, se reunia en vano para protegerle. Los senadores, abandonados á ellos mismos por Pompeyo, Craso y César, y asediados en el Senado por los satélites de Clodio, despedazaban sus togas de indignacion, y atestiguaban, al dispersarse, la impotencia de las leyes, la cobardía de los generales, la opresion de los ciudadanos, y la ruina de la República.

XXIX.

Cede en fin á la suerte, y sucumbe con su patria. Preveyendo despues de su partida la devastacion ó el incendio de su casa, quiso preservar al menos las cosas veneradas, y tomando entre sus divinidades domésticas una pequeña estátua en marfil de Minerva, *guarda y protectora de Roma*, símbolo de esa sabiduría divina que inspira y que conserva los imperios, la lleva al Capitolio, fortaleza, templo y palacio de Roma, y la consagra allí para hacerla inviolable á los espoliadores. Despues, seguido de un corto número de amigos y de servidores armados para protegerle contra el puñal, sale aquella noche de Roma, y toma por sendas desconocidas el camino del mar de Sicilia.

Apenas tuvo Clodio conocimiento de su partida, cuando arrancando mas fácilmente al pueblo un vano decreto de destierro contra aquel que parecia desterrarse, hizo fundar un plebiscito que desterraba para siempre á Ciceron á quinientas millas de distancia de la ciudad, y que ordenaba, bajo pena de muerte, á todos los ciudadanos, ne-

gar el fuego y el agua á aquel que la gratitud pública habia proclamado el *segundo fundador de Roma.*

XXX.

Acontece á Ciceron en su fuga lo que á todos los hombres poderosos caidos en la desgracia de la fortuna y en la enemistad del pueblo. Los que le conocian únicamente por su fama, y que no le debian nada, le acogieron con una generosa hospitalidad y honrábanse en ofrecer el abrigo de su casa á un grande infortunio seguido de una grande injusticia. Los que él habia elevado á los honores y colmado de bienes durante su consulado, se volvieron, temiendo ser contaminados á los ojos de los poderosos del dia por su contacto, ó se apresuraron á acusarle y á insultarle, por temor de que se los creyese reconocidos. El pretor de Sicilia, que le debia todo, le suplicó no esperase un asilo en su gobierno. Una de sus criaturas, á quien pidió la defensa de su casa cuando llegó á un pueblecillo en la márgen del mar para aguardar una barca,

le cierra su puerta y le ofrece por gracia un abrigo vergonzoso en una de sus alquerías. Ciceron, indignado, se aleja de este suelo inhospitalario y pasa á Brindes, donde se embarca solo y casi desnudo con direccion á Grecia, patria de sus pensamientos. Mientras que saludaba con las lágrimas en los ojos las fugitivas riberas de Italia llenas de su nombre, Clodio, dando antorchas al populacho, incendiaba su casa en Roma, la arrasaba hasta sus cimientos y hacia construir en la plaza un *templo de la anarquía.* Despues, lanzando sus sicarios á todas las provincias donde Ciceron poseia casas de campo ó jardines, hacia poner en almoneda pública sus moradas, sus libros, sus selvas, para despojarle hasta de las huellas de sus pasos, del hechizo de sus estudios, de la sombra de sus árboles, para arrebatarle hasta los recuerdos de su dicha en todo lo que fué su patria.

Pero el respeto hácia Ciceron y el honor de investirse con los despojos de aquel á quien cada romano debia su propio hogar, eran tales, dice Plutarco, que nadie se presentaba para comprarlos. Su corresponden-

cia, que hemos tenido la dicha de conservar entera, nos permite leer hasta el fondo del alma de un grande hombre, los abatimientos del desterrado, las ternuras del padre, las debilidades del esposo, las resignaciones del filósofo, y las tristezas del ciudadano.

XXXI.

Ciceron proscripto, llegado á Grecia, se proponia residir en su querida Atenas, que el ejemplo y las cartas de su amigo Atico le habian enseñado á amar tanto. Pero la sombra de su vida pasada sigue á los hombres públicos hasta en la tierra estranjera; el mar que los separa de su patria no los separa de su nombre. El de Ciceron le precedia y le denunciaba en todas partes. Sabia que los restos del partido de Catilina y los cómplices de Clodio le esperaban en Atenas para pedirle cuenta puñal en mano de la vida de Catilina, de Léntulo y de Cetego. Se desvia prudentemente de este camino de sangre que parecia adelantarle y perseguirle, y se refugia en Tesalónica, colonia romana, en el fondo del Mediterráneo, al pié de las montañas de la Macedonia.

«Me arrepiento, escribia en el camino, me arrepiento, mi querido Atico, de no haber prevenido con mi muerte voluntaria el esceso de mis desdichas! Suplicándome que viva, no conseguís mas que una cosa: detener mi mano pronta á golpearme; pero, ¡ay! no me arrepiento menos diariamente de no haber sacrificado esta vida para salvar mi herencia á mi familia: porque ¿qué es lo que puede al presente atarme á la existencia? No quiero, mi querido Atico, enumeraros estas desdichas, en las cuales he sido precipitado mucho menos por el crímen de mis enemigos que por la cobardía de mis envidiosos.»

(Alusion punzante á Pompeyo, á Craso y á César.)

Pero, ¡testigos los dioses, que jamás hubo hombre aplastado bajo una tal masa de calamidades, y que ninguno tuvo jamás ocasion de desear mas la muerte!... ¡Lo que me resta de vida no está destinado á curar mis males, sino á acabarlos!... Me reprobais el sentimiento y la queja de mis males.

Pero, ¿hay una sola de las adversidades humanas que no esté acumulada en la mia? ¿Quién, pues, cayó de mas alto, de una suerte mas asegurada en apariencia, dotado de tales poderes de génio, de sabiduría, de favor público, de estimacion y de apoyo de una tal masa de grandes y buenos ciudadanos?... ¿Puedo olvidar en un dia lo que yo era ayer y lo que soy hoy? ¡De qué dignidades, de qué gloria, de qué hijos, de qué hermanos, de qué riquezas de alma y de bienes, de qué hermano, en fin (un hermano que amo á este esceso, que me ha sido preciso por un género inaudito de suplicio, separarme sin abrazarle por miedo que viese mis lágrimas y que yo mismo no pudiera soportar su palidez y su duelo), yo soy arrancado!...

Ah! yo enumeraria aun muchas otras causas de desesperacion, si mis lágrimas no me cortasen la voz!... Sé, y esta es la mas amarga de mis penas, que por mis faltas he sido abismado en tal ruina!... Me hablas en tu última carta de la imágen que el liberto de Craso os ha hecho de mi desesperacion y de mi flaqueza!...

Ay! cada dia que trascurre acrecen estos males en vez de disminuirse. El tiempo disminuye el sentimiento de otras desgracias, pero las mias son de tal naturaleza que se agravan continuamente por el sentimiento de la miseria presente comparada con la felicidad perdida!... ¿Por qué uno solo de mis amigos no me ha aconsejado mejor? ¿Por qué me he dejado helar el corazon con la frialdad de Pompeyo? ¿Por qué he tomado una resolucion y una actitud de culpable suplicante indigna de mí? ¿Por qué no he afrontado mi fortuna? Si así lo hubiese hecho, ó estaria muerto gloriosamente en Roma, ó gozaria ahora del fruto de mi victoria!...

Mas perdonadme estos reproches que deben caer sobre mí mas que sobre vos; y si parezco acusaros conmigo, es menos para escusarme á mí mismo que para hacerme estas faltas mas perdonables asociando á ellas otro yo!...

«...No, no iré á Asia, porque huyo de los lugares donde puedo volver á hallar romanos y donde mi celebridad, en otro tiempo mi gloria, me persigue ahora como una vergüenza!...

Despues no quiero alejarme demasiado, por temor á que si por casualidad llega algun cámbio inesperado á mi fortuna del lado de Roma, tarde mucho tiempo en saberlo. He resuelto, pues, ir á refugiarme en vuestra casa en Epiro, no á causa del recreo de la estancia, bien indiferente á un desdichado que evita aun la luz del dia, sino por estar en ese puerto que me ofreceis mas pronto para el regreso á mi patria, si me era abierta de nuevo, para recoger allí mi miserable existencia en una soledad que me la hará soportable mas fácilmente, ó, lo que quisiera mejor aun, que me ayudara á despojar mas valerosamente la vida. Sí, debo escuchar aun las súplicas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!... Mas antes de poco, ó el Epiro me abre el camino de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abriré el de la verdadera libertad!... Os recomiendo á mi hermano, á mi mujer, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á quien no dejaré por herencia mas que un nombre infamado é ignominioso!...»

XXXII.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigar él mismo el crímen de sus enemigos, la cobardía de sus amigos y su propio infortunio, el esceso de la tiranía popular recordaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquías. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar cada dia las locuras y los escesos de la ciudad, á fin de quedar á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer mas que cediendo, comenzaba á fatigar la licencia y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder, sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de su ejército de las Galias. César, Pompeyo, el Senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos, se ligaron secretamente contra él para inspirar al pueblo el horror de Clodio y el perdon de Ciceron, el solo hombre que podian oponer, á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.